

LA CABALGATA

...desque vemos el engaño
e queremos dar la vuelta,
non hay lugar.

Jorge Manrique

Por José DE LA COLINA

Dibujos de BARTOLI

ALLÍ ESTÁN, grabadas en la piedra, miles de veces lavadas por la lluvia y calentadas por el sol, las palabras: apenas una recordación donde no hay nombres, donde no se alude a ninguno de los caballeros, ni a él siquiera...

Ni a él, que aquella madrugada del año 1479 había dejado la tienda para salir a la débil luz solar y leer los renglones aún olorosos a tinta, indecisos y febriles como el ánimo que los dictó.

*"Gran temor tiene mi vida de mirar
vuestra presencia..."*

Guareció el pergamino dentro del peto y se volvió vivamente al oír el son agudo y vibrante que levantaba en el alba rojiza los primeros estandartes y hacía entrec chocar los metales. Un sordo retumbar cosquilleó las plantas de sus pies: ya traían los caballos, sujetos por las bridas, y las colas palpitaban en el frío con gestos de bandera.

*"... pues amor en vuestra ausencia me
hirió de tal herida..."*

Sobre su hombro se posaron el guante negro y la voz seca, menos imperiosos que amigables:

—Debeis montar. ¿Rezabais?

No era necesario volverse, cual si el guante y la voz no fueran alguien, sino algo surgido de uno mismo, el vaho tibio saliendo de nuestros labios.

—Sí —dijo.

Rezaba a los ojos aquellos, a la grisazul mirada fría cuya portadora había huido una vez, la falda siseando sobre las piedras del corredor, dejándolo a él quieto y con las ardorosas palabras atropellándose labios adentro. A ella rezaba, no a la madre de sus hijos.

Malditos el lugar, la música y la ocasión. Mil veces malditos los hacedores de acordadas músicas. ¿Por qué entonces no opuso ella los castillos más inexpugnables, muros y baluartes, y barreras, y cavas hondas y chapadas? Pero ya los laúdes habían iniciado la danza y mi mano acudía a rozar las yemas de sus dedos, y ella sonrió. De modo que ella y sólo ella es la heridora... Antes del combate desfallezco.

Nuevamente la mano apretó su hombro:

—¿Os sentís mal?

—No.

Quedó solo, poniéndose lentamente los guantes, con la cabeza inclinada, no alcanzado por el ajetreo que preludiaba el ataque, la embestida heroica o mortal. Y en verdad no estaba allí, en el campamento, no estaba en aquel alba, sino días y días atrás, en un crepúsculo, oyendo aquella campana tañida con mesurados golpes, cada vez más lentos, cada vez más graves, hasta que sólo ecos y un humo terroso quedaban sobre las dos hileras de guerreros, sobre los cascos y los férreos guanteletes posados en los pomos de las espadas, mientras las últimas paletadas, semideshechas por el viento, cubrían el montículo que abrigaba al Conde de Paredes y Maestre de Santiago, su padre, muerto de aquella mala sangre...

Y no murió sobre el caballo, como quería, sino en el lecho. Pero hizo guerra a los moros, ganó sus villas y fortalezas, y cuantas veces ocuparon sus tierras enemigos, él las recobró por sus manos. Se hubiera dicho que sólo guerrear sabía, porque sólo a guerrear nos enseñó. Nunca dama alguna le hiciera flaquear, le alejara el pensamiento del combate. Yo tengo su sangre, pero estos dedos casi son de mujer —él lo decía— aunque más manejaron el acero que la pluma. ¿Qué hu-

biera dicho al ver que aquella esquiva dama me hace flaquear en esta hora? ¿Simplemente hubiera vuelto el rostro comido por la enfermedad, hubiera vuelto el rostro hacia mí para mostrarme sólo silencio? Pero no es por miedo, que deseo guardarme, sino por querer acabar otra empresa, por alcanzar otra fortaleza y derretir la fría mirada grisazul, por detener el altivo paso de faldas susurrantes. Por vivir hasta entonces quiero no morir. Adamado estoy, que no temeroso.

Vio venir hacia él, sujeto por firmes manos, su caballo. Se acercaba con el cuello arqueado, uniendo y desuniendo los cascos con los cascos de su propia sombra, las narices humeantes, los bellos humedados... Lo montó cuando otros jinetes le rozaban ya con sus cabalgaduras. Un guante negro se había alzado para apremiarle. Aguijoneó al caballo y tomó su lugar entre los guardias de Castilla que debía capitanear. En la hilera, las cabezas de los animales remedaban un oleaje multicolor.

Un cuerno ululó, la mano se alzó, ahora enarbolando una fría llama de acero, la voz saltó por encima de todos como un pendón desprendido, y súbitamente un fragor de metálico aguacero, subiendo de la tierra con el polvo, envolvió el alud de colas, cabezas y espadas, y él subía y bajaba en la montura, mientras metros y metros de terreno desaparecían bajo él, corrían a su lado, golpeados por innumerables cascos. Luego brotó el grito invariable, repetido por dispersas gargantas, coreado por rugidos: ¡Vivan Isabel y Fernandooo!

No volver atrás, imposible; cabalgando en tiempo de ahora. No volver al corredor, tomarla del brazo y obligarla a mirarme, quitar con mi mirada lo gris de sus ojos azules, abrazar su talle, ahuecar la mano para recibir su seno. Yo cabalgando, ella susurrando velozmente en vuelo de ropas por el corredor, aumentando distancia, tiempo.

Todas a una, movidas por otro grito, las lanzas se inclinaron hasta la horizontal, oponiendo puntas y banderines hacia el castillo, que se acercaba adensándose piedra a piedra, vomitando enemigos jinetes por la inmensa puerta.



Acortaban terreno: solitarios árboles huían hacia atrás, rozándolos apenas con sus hojas; montículos subían y bajaban como ondulaciones de una parda alfombra sacudida bajo ellos. La mano enguantada en negro y la llama de acero se alzaban y bajaban una vez y otra, seguidas de colas y grupas atropelladas, desdibujándose en la polvareda acuchillada por sesgados rayos de sol. Y entonces los vio: los otros jinetes.

Jinetes amigos, puesto que también cabalgaban contra el castillo, puesto que también sus lanzas tenían pendones morados. ¿Pero de dónde habían salido, cómo se habían adelantado en la embestida? Porque ya algunos de estos repentinos aliados atravesaban el pecho de los del castillo, ya algunos caían de sus monturas, flechados desde las almenas.

Sus compañeros y él tardarían algún tiempo en llegar a la refriega, pero los cascos sonaban más lentamente, se diluían en el silencio, y jinetes y caballos rozaban apenas el suelo, parecían flotar en el aire.

Vio alzarse el guante negro y la espada, pero no entre los suyos: entre los jinetes adelantados, y vio cómo guante y espada eran derribados de un lanzazo. Volvió el rostro: el jinete de los guantes negros no había caído, cabalgaba a su lado igual que hasta entonces.

Un ramalazo de lucidez le reveló que los mismos jinetes que flotaban a su lado cabalgaban allá delante, capitaneados por un jinete que él conocía. A pesar de la distancia vio el rostro, vio la mejilla abierta y en carne viva, los rojos tejidos, el blanco del pómulo, el pus. *El rostro comido por la enfermedad. Volviéndose hacia mí, mostrándome silencio. Guerreando. Condenándome. ¿Pero por qué? ¿En qué he traicionado a mi estirpe?* Lanzó un grito de terror: aquel jinete ya no era el maestro, sino él mismo. Y se vio allá, embistiendo hasta la entrada del castillo, abatiendo la espada sobre los contrarios;



se vio alcanzado por una flecha, expulsando un violento chorro de sangre, cayendo de la montura.

Oyó un gemido y al volverse vio que el jinete de los guantes negros, atravesado por una lanza, se inclinaba sobre el pescuezo de su cabalgadura y se deslizaba hacia abajo.

El amigo de mi padre; el marido, el dueño de la grisazul mirada y el paso

susurrante. Algo empujaba su sangre, concentrándola en el pecho y en las manos. Como si su padre le hubiera habitado el cuerpo, obligándolo a embestir.

Se encontró ante la puerta del castillo, alzando y abatiendo furiosamente la espada sobre pechos y cráneos, y cuando escuchó el zumbido de la flecha, quiso frenar el caballo, echarlo atrás, pero ya era tarde.

EL POETA EN SU VENTANA

(Viene de la pág. 2)

primidos ante la actividad y la impersonalidad —en ciertos momentos— de París. En esta lista figurarían, en primer lugar, Wagner y Rilke. Rilke va a Meudon, a las cercanías de París, para trabajar con Rodin. Pero el Héroe, el Maestro, acaba por cansarse de él y por rechazarle. Y empieza un período de dudas, de angustia, de espera de la muerte. Más tarde dirá Kafka que se considera a sí mismo “muerto en vida, el verdadero superviviente”. Y Eliot: “Es necesario que pasen muchos años para descubrir que se ha muerto.” Rilke y Eliot son ambos discípulos de Mallarmé y de la corriente esteticista que es como una última degradación del romanticismo. Ambos, sin embargo, señalan el final de un universo poético y el principio de otro. A los poemas *negativos* de su juventud y madurez cabe oponer los poemas o los ensayos *positivos* de la última etapa (y en este sentido las *Elegías de Duino* son muy superiores a toda la última producción de Eliot). En ambos la evolución se produce, en parte, gracias a la religiosidad. Pero sólo en parte. Y sobre todo Rilke, para quien tal postura religiosa está ya latente o explícita desde su viaje a Rusia en 1899, da a veces la impresión

(nos referimos a los poemas anteriores a los *Sonetos a Orfeo*) de manejar su religiosidad como un instrumento más en la gran orquesta simbolista, impresionista, de la que pronto saldrán las primeras estridencias del expresionismo. Sus ángeles son a veces poemas-objeto, ángeles como objetos bellos, estáticos, propios para ser admirados, de adorno. La insistencia en la mortalidad tiene con frecuencia un dejo de sadismo o masoquismo, no el impulso que inspira el paso a una existencia superior en contacto con Dios.

*Tienen todas bocas cansadas,
almas claras sin costura.
Y un deseo (como de pecado)
a menudo visita sus sueños*

escribe en *Los ángeles*. Son las últimas notas de ese matrimonio de lo divino con lo diabólico que se lleva a cabo a lo largo del siglo XIX, de Baudelaire a Valle-Inclán. La belleza nada puede contra la soledad y la muerte:

*La soledad es como una lluvia.
Surge del mar para encontrarse con
la tarde;
surge de la vaga distante llanura
hacia el cielo, como por viejo derecho
de nacimiento.
Y de allí cae a la ciudad desde lo alto.*

*Cae como lluvia en esa hora gris, dudosa,
en que todas las calles giran hacia
el alba,*

*y en que esos cuerpos, abandonando
toda esperanza,
lo que deseaban, están acongojadamente
solos;
y cuando todos los hombres, que se
odian, se deslizan
juntos en una cama común para dormir,
entonces la soledad sigue fluyendo con
los ríos...*

(“Soledad, Das Buch der Bilder”)

En los *Cuadernos de Malte Laurids* nos encontramos con una historia íntima narrada en un relato visionario. Las anotaciones psicológicas, sutiles pero insistentes, constituyen sin duda una autobiografía lírica, y al mismo tiempo una posición del poeta ante las masas que le rodean. Las masas penetran por fin en la conciencia del esteticismo de fin de siglo, y con ellas la incertidumbre y la zozobra. Ni construcción orgánica ni contraste dramático: el libro avanza a la deriva, de sensación en sensación. Todo es gris, agudo, fugaz. Misterio, vitalidad en sordina pero muy atenta a sí misma; hay descripciones en que la minuciosidad —así ocurre en la escena en que nos presenta la sala de espera del hospital— consigue suprimir a fuerza de detalles toda impresión de realidad. Introspección y ob-